

## Sobre la educación estética del hombre

UNA SERIE DE CARTAS DIRIGIDAS AL DUQUE DE HOLSTEIN-AUGUSTENBURG por FEDERICO SCHILLER.

(Ver Nos. 46 y 48).

### 9a. CARTA

Pero ¿no habría ahí quizás un círculo vicioso? La cultura teórica debe traer la práctica y no obstante ésta debe ser la condición de aquella. Toda mejora en la política debe proceder del ennoblecimiento del carácter, pero ¿cómo puede ennoblirse el carácter bajo la influencia de una constitución bárbara? Sería necesario, pues, buscar para este fin un instrumento que el Estado no suministra y abrir fuentes que se hubieran conservado puras y limpiadas a pesar de la corrupción política.

Ahora he llegado al punto hacia el cual han tendido todas mis consideraciones anteriores. Este instrumento son las bellas artes, estas fuentes se ven en sus modelos inmortales.

De todo lo que es positivo y de lo que ha sido introducido por las convenciones está librado tanto el arte como la ciencia, y ambas gozan de una inmunidad absoluta de la arbitrariedad de los hombres. El legislador político puede cerrar su esfera, pero no puede dominar en ella. Puede proscribir al amigo de verdad, pero la verdad subsiste; puede envilecer al artista, más no puede falsear el arte. Sin duda, nada es más común que la ciencia y el arte se inclinan ante el espíritu de la época y que el gusto creador recibe la ley del gusto crítico. Cuando el carácter adquiere rigidez y dureza, vemos a la ciencia vigilar severamente sus límites y al arte andar bajo las pesadas cadenas de la regla; cuando el carácter se relaja y corrompe, la ciencia se esfuerza en agrandar y el arte en alegrar. Siglos enteros apare-

cen afanosos los filósofos, como los artistas, en sumergir la verdad y la belleza en las profundidades de la vulgar humanidad; ellos mismos se hunden allí, pero con su fuerza vital propia e indestructible se elevan aquellas victoriosamente.

Sin duda, el artista es el hijo de su tiempo, pero ¡desgraciado de él si es también su discípulo o aún su favorito! ¡Qué una bienhechora divinidad arrebate al pequeñuelo del seno materno, a tiempo que lo nutre con la leche de una mejor edad y que lo deje desarrollarse bajo el lejano cielo de la Grecia! Ya hecho un hombre, ¡qué vuelva como una figura extraña a su siglo, pero no para regocijarlo con su aparición, sino terrible como el hijo de Agamemnón, para purificarlo! En verdad, su materia recibirá del presente, pero la forma la pedirá a un tiempo más noble y aún más allá de todo tiempo, a la unidad absoluta, inmutable de su ser. Ahí del puro éter de su naturaleza divina, surge la fuente de la belleza, no contagiada de la corrupción de las generaciones y de las edades que se deslizan muy por debajo de ella, en turbios torbellinos.

A su materia puede deshonrar el capricho, así como la ha ennoblecido, pero la casta forma escapa a sus mudanzas.

El Romano del primer siglo doblaba, ya hacía tiempo, la rodilla ante sus emperadores, cuando aún estaban en pie las estatuas; los templos permanecen sagrados al ojo, cuando hace tiempo ya que los dioses incitan a la risa, y las vilezas de un Nerón y de un Cómodo avergüenzan el noble estilo del edificio que les dió albergue. La humanidad ha perdido su dignidad, pero el arte la ha salvado y conservado en significativas piedras; la verdad sobrevive en la ilusión y la copia servirá para restablecer el original. Así como el arte noble ha sobrevivido a la naturaleza noble, también la precede en el entusiasmo, formando y despertando. Antes aún que la verdad manda su luz triunfante a las profundidades de los corazones, intercepta la fuerza poética sus rayos y las cumbres de la humanidad resplandecerán, cuando aún pesa sobre los valles la húmeda noche.

¿Pero cómo se precave el artista contra la corrupción de su tiempo, que por todas partes lo rodea? Despreciando su crítica. ¡Qué mire arriba, hacia su propia dignidad y hacia la ley, y no hacia abajo, hacia la necesidad y la fortuna! Igualmente

libre de una actividad vana que quisiera imprimir su huella sobre el momento fugaz, y de los delirios de un entusiasmo impaciente; que aplica a las mezquinas producciones del tiempo la medida de lo absoluto, abandone la esfera de lo real a la inteligencia, que está allí en su dominio; él enpero, se esfuerce en producir el ideal por la unión de lo posible con lo necesario. ¡Qué exprese esto en la ilusión y en la verdad, qué lo exprese en los juegos de la imaginación y en la seriedad de sus actos, en fin, qué lo exprese en todas las formas sensibles y espirituales y qué lo arroje silenciosamente al tiempo infinito!

Pero no a todos a quienes ilumina este ideal el alma, les fué dada la calma creadora y el grande y paciente ánimo para expresarlo por la piedra muda o derramarlo en la sobria palabra y confiarlo a las fieles manos del tiempo. Demasiado ardiente para seguir esa tranquila senda, con frecuencia, ese instinto creador divino, se arroja directamente sobre el presente y sobre la vida activa y emprende transformar la materia informe del mundo moral. Urgentemente habla la desgracia de su especie, alto al corazón del hombre sensible y más urgentemente aún su deshonra; el entusiasmo se inflama y en las almas enérgicas, el deseo ardiente aspira con impaciencia a la acción. Pero ¿se ha preguntado también si esos desórdenes en el mundo moral ofenden a su razón o si no hieren más bien a su amor propio? Si aún no lo sabe, lo reconocerá en el celo con que persigue un pronto y seguro resultado. El móvil moral puro tiene por fin lo absoluto, para él no existe el tiempo, y el porvenir se le hace presente cuando necesariamente debe surgir de él. Para una razón sin límites, la dirección hacia un fin se confunde con su cumplimiento, y seguir un camino es haberlo recorrido.

Si pues un joven amante de la verdad y de la belleza, deseara saber de mí, como puede satisfacer, a pesar de la resistencia del siglo, el noble impulso de su corazón, yo le respondería: Dirige hacia el bien el mundo en que obras y el tranquilo ritmo del tiempo traerá el resultado. Esa dirección se la habrás dado, si por tu enseñanza elevas sus pensamientos hacia lo necesario y lo eterno, si por tus actos y creaciones haces de lo necesario y de lo eterno el objeto de sus impulsos. Caerá el edi-

ficio de la arbitrariedad y del error, es menester que caiga y habrá caído ya, desde el momento en que tengas la certidumbre de que vacila, pero en el hombre interior debe vacilar, no solamente en el hombre exterior. En el púdico santuario de tu corazón, la verdad triunfante, encárnala fuera de tí en la belleza, a fin de que no sea la inteligencia la única en rendirle homenaje, sino que también el sentimiento acoja su aparición con amor. Y para que no te ocurra recibir de la realidad el modelo que debes suministrarle, no te aventures en su peligrosa compañía sin haberte asegurado antes de una comitiva ideal dentro de tu corazón. Vive con tu siglo, pero no seas su criatura, trabaja para tus contemporáneos, pero aquello de que tengan necesidad, no lo que alaben. Sin haber participado de sus faltas, comparte sus castigos con noble resignación y encórvate libremente bajo el yugo que tanto les cuesta atravesar, que pasar sin él. Con la constancia con que desdeñarás su dicha, les probarás que no es por cobardía que te sometes a sus sufrimientos. Míralos con el pensamiento, tales cuales deberan ser cuando tengas que obrar sobre ellos; pero vélos tales cuales son cuando estés tentado a trabajar para ellos. Busca su aplauso por su dignidad, pero sobre su indignidad funda su dicha; así, por una parte la nobleza de tu propio corazón despertará la de ellos y por la otra tu propósito no se reducirá a la nada a causa de su indignidad. La gravedad de tus principios los alejará de tí, pero en el juego los sufrirán todavía; su gusto es más casto que su corazón y aquí debes coger al hurraño fugitivo. En vano combatirás sus máximas, en vano condenarás sus acciones, pero sobre su ocio podrás ensayar tu mano creadora. Arroja de sus placeres el capricho, la frivolidad, la rudeza, y así los desterrarás también insensiblemente de sus actos y, finalmente, de sus sentimientos. Donde quiera que los encuentres rodéalos de formas grandes, nobles e ingeniosas, multiplica en torno de ellos los símbolos de lo perfecto hasta que la apariencia triunfe sobre la realidad, y el arte sobre la naturaleza.

Usted está, pues, de acuerdo conmigo y convencido por el contenido de mis cartas anteriores, que el hombre puede alejarse de su destino por dos caminos opuestos; que nuestra época se halla, en realidad, sobre esas dos falsas rutas y que se ha convertido en presa, aquí de la grosería, allá de la relajación y de la perversidad. La belleza es la que debe arrancarla de ese doble extravío. Pero ¿cómo el cultivo de las bellas artes puede remediar a un tiempo esos dos defectos opuestos y reunir en sí dos cualidades contradictorias? ¿Puede encadenar la naturaleza en el salvaje y libertarla en el bárbaro? ¿Puede, a la vez, tender el resorte y aflojarlo? Y si no puede producir ese doble efecto, ¿cómo podría razonablemente esperarse de ella un resultado tan considerable como la educación del hombre?

Se afirma, es verdad, hasta el cansancio, la tesis de que el sentimiento desarrollado hacia lo bello, refina las costumbres, y parece que toda nueva prueba acerca de este punto sería inútil. Se apoya uno en la experiencia diaria que nos muestra casi siempre claridad de la inteligencia, delicadeza del sentimiento, liberalidad y hasta dignidad de la conducta, asociadas a un gusto cultivado, mientras que un gusto inculto implica ordinariamente las cualidades contrarias. Se apela también con bastante seguridad al ejemplo de la nación más civilizada de la antigüedad, en la cual alcanzaba el sentimiento estético, al mismo tiempo, su desarrollo más elevado, y como contraste al ejemplo opuesto de aquellos pueblos en parte salvajes, en parte bárbaros, que expían por un carácter grosero o al menos austero, su insensibilidad para lo bello. No obstante, los pensadores se encuentran a veces tentados, ya sea a negar el hecho mismo, ya sea a discutir la legitimidad de las ilusiones que se deducen de él. No tienen una opinión tan mala de esta rudeza salvaje que se les reprocha a los pueblos incultos, ni una opinión tan ventajosa de ese refinamiento que se alaba en las naciones cultas. Ya en la antigüedad había hombres que no consideraban, en absoluto, como un beneficio el cultivo de las bellas artes y que, en consecuencia, estaban muy inclinados a impedir a las artes de la imaginación la entrada en su república.

No hablo de aquellos que difaman a las Gracias solamente porque jamás obtuvieron su favor. Ellos que no avalúan los objetos sino por el trabajo que les ha costado adquirirlos y las ventajas palpables que les procuran. ¿Cómo serían capaces de apreciar el trabajo silencioso del gusto en el hombre exterior y en el interior? ¿Cómo los inconvenientes accidentales de la cultura de las bellas artes no les harían perder de vista sus ventajas esenciales? El hombre sin forma desprecia toda gracia en la exposición como un medio de corrupción, toda cortesía en las relaciones sociales como hipocresía, toda delicadeza y generosidad en la conducta como exageración afectada. No puede perdonarlo al favorito de las Gracias que ameniza todas las reuniones como hombre de mundo, que dirige como hombre de negocios todas las cabezas, según sus miras, y que imprime, quizás, como escritor su espíritu a todo un siglo, mientras que él, víctima del trabajo, no puede, con todo su saber, conseguir, por más que se empeñe, la menor atención, ni mover una piedra de su lugar. Como no puede aprender de aquél el genial secreto de agradar, no le queda más que deplorar la perversión de la naturaleza humana que adora más bien la apariencia que la realidad.

Pero hay también voces respetables que se declaran contra los efectos de la belleza, que están armados con razones formidables en contra de ella, que sacan de la experiencia. "No es posible negarlo, dicen, en manos puras los encantos de lo bello pueden servir para fines loables, pero no repugna a su esencia el producir en manos impuras un efecto directamente contrario y emplear en provecho del error y de la injusticia el poder que posee de encadenar las almas. Precisamente porque el gusto no se preocupa sino de la forma y jamás del fondo, termina por colocar al alma en la peligrosa pendiente de descuidar toda la realidad, en general, y sacrificar a una envoltura atrayente la verdad y la moralidad. Toda la diferencia real de las cosas se desvanece y únicamente la apariencia les asigna valor. ¿A cuántos hombres de talento, agregan, el poder seductor de lo bello los disuade de toda actividad seria y laboriosa, o al menos los induce a ejercerla sólo de una manera superficial? ¿Cuántos espíritus débiles hay que se disgustan con la

organización social únicamente porque plugo a la imaginación de los poetas presentar la imagen de un mundo constituido de otra manera, de un mundo donde ninguna conveniencia encadena la opinión, donde nada artificial oprime la naturaleza? ¡Qué peligrosa dialéctica no han aprendido las pasiones desde que fueron pintadas con los más brillantes colores en los cuadros de los poetas y cómo en lucha con leyes y deberes permanecen ellas, con frecuencia, dueñas del campo de batalla! ¿Qué ha ganado la sociedad con que las relaciones sociales reguladas antes por la verdad, estén sometidas hoy a las leyes de lo bello, con que la impresión exterior decida acerca de la estima que no debiera atribuirse sino al mérito? Es verdad que se ven ahora florecer todas las virtudes, cuya apariencia produce un efecto agradable y que en sociedad dan un valor a quien las posee, pero, en cambio, se ven también reinar todas las licencias y se ven puestos en boga todos los vicios que pueden conciliarse con una bella apariencia." En efecto, debe llamar la atención que en casi todas las épocas de la historia donde florecen las artes y ejerce su imperio el gusto, la humanidad se encuentra decidida y que no puede citarse un sólo ejemplo de gran difusión y alto grado de la cultura estética asociados en un pueblo con la libertad política y la virtud social, de bellas costumbres unidas a buenas costumbres, y de conducta refinada hermanada con la verdad de la misma.

Mientras que Atenas y Esparta conservaron su independencia y sus instituciones tuvieron por fundamento el respeto de las leyes, el gusto no llegó a su madurez, el arte permaneció en su infancia y distó mucho entonces de que la belleza dominara los espíritus. Sin duda, la poesía había ya remontado a lo sublime, pero remontóse en las alas del genio, del cual sabemos que dista poco de la rudeza salvaje, y que es una luz que brilla, con preferencia, en medio de las tinieblas y que, en consecuencia, abona más bien contra el gusto del tiempo que en su favor. Cuando llegó, bajo Pericles y Alejandro, la edad de oro de las artes y se generalizó la dominación del gusto, ya no se halla más en Grecia fuerza y libertad; la elocuencia corrompe la verdad, la sabiduría ofende en labios de un Sócrates, y la virtud en la vida de un Phokion. Los romanos, lo sabemos, debían



agotar primero su energía en las guerras civiles y, afeminados por la molicie oriental, encorvarse bajo el yugo de un feliz déspota, antes que veamos triunfar el arte griego sobre la aspereza de su carácter.

También para los árabes no resplandeció la aurora de la cultura sino cuando el vigor de su espíritu guerrero se había enervado bajo el cetro de los Abásidas. Las bellas artes no aparecieron en la Italia moderna sino cuando la gloriosa liga lombarda estaba ya rota y Florencia sometida a los Médicis, y cuando en todas aquellas valientes ciudades había cedido su lugar el espíritu de independencia a una resignación sin gloria. Es casi superfluo recordar todavía el ejemplo de las naciones más modernas en las que crecía el refinamiento en razón directa con la decadencia de su libertad. A donde siempre dirigimos nuestra mirada en el mundo pasado, encontramos que el gusto y la libertad se esquivan mutuamente, y que la belleza funda su imperio solamente sobre las ruinas de las virtudes heroicas.

Y sin embargo, esta energía del carácter, a cuyo precio se compra ordinariamente la cultura estética, es justamente el resorte más poderoso de cuanto hay de grande y excelente en el hombre y cuya pérdida no recompensa ninguna otra ventaja, por grande que fuera. Ateniéndonos, pues, únicamente a lo que la experiencia nos dice hasta el presente respecto a la influencia de lo bello, no podemos, en verdad, sentirnos muy dispuestos a desarrollar sentimientos tan peligrosos para la verdadera cultura del hombre, y, aun a riesgo de la rusticidad y de la dureza, preferiremos pasarnos sin esa fuerza encantadora de lo bello, antes que vernos, cualesquiera sean las ventajas del refinamiento, presa de sus influencias enervantes. Sin embargo, no es quizás, la experiencia el tribunal ante el cual debe decidirse semejante cuestión y antes de dar tal importancia a su testimonio, sería menester que estuviese ya fuera de duda que la belleza, de que hablamos, es también la que condenan aquellos ejemplos. Pero esto parece suponer un concepto de la belleza sacado de otra fuente que no es la experiencia, ya que por él se debe reconocer, si lo que la experiencia llama bello, lleva con derecho este nombre.



Admitiendo que pudiera evidenciarse este concepto racional puro de la belleza, tendría, pues, — ya que no se lo puede tomar de ningún caso concreto, y que debe, al contrario, dirigir y legitimar recién nuestro juicio sobre cada caso particular — ser buscada por vía de abstracción y poder ser deducida de la simple posibilidad de la naturaleza sensible racional; en una palabra: la belleza debería poderse evidenciar como una condición necesaria de la humanidad. Importa, pues, que nos elevemos al concepto abstracto de humanidad y como la experiencia no nos muestra sino individuos en estados particulares y jamás la humanidad, es preciso descubrir en sus aspectos individuales y variables lo absoluto y lo permanente y apoderarnos, suprimiendo todos los límites accidentales, de las condiciones necesarias de su existencia. A la verdad, este camino transcendental nos alejará algún tiempo del círculo familiar de los fenómenos y de la presencia viviente de los objetos, para retenernos sobre el desnudo terreno de los conceptos abstractos; pero trataremos de elevar un firme fundamento para el conocimiento que nada puede sacudir más, y quien no se atreve a elevarse por encima de la realidad, no conquistará jamás la verdad.

## 11<sup>a</sup>. CARTA

Elevándose tanto como le es posible, la abstracción llega a dos conceptos últimos, ante los cuales se ve obligada a detenerse y reconocer sus límites. Distingue en el hombre algo que persiste y algo que cambia sin cesar. A lo persistente llama su "persona", a lo variable su "estado".

Persona y estado, — el "yo" y sus determinaciones — que nos representamos como una y la misma cosa en el ser infinito, son eternamente dos en el ser finito. A pesar de toda la persistencia de la persona, el estado cambia; a pesar de todos los cambios del estado, la persona persiste. Pasamos del reposo a la actividad, de la emoción a la indiferencia, del asentimiento a la contradicción; pero continuamos siempre *siendo*, y lo que deriva inmediatamente de "nosotros", permanece. Sólo en el ser absoluto persisten también con la personalidad todas sus

determinaciones, porque ellas derivan de la personalidad. Todo lo que es la divinidad, lo es porque es; en consecuencia, ella es todo eternamente, porque es eterna.

Ya que en el hombre, como ser finito, persona y estado son distintos, el estado no puede fundarse sobre la persona, ni la persona sobre el estado. Admitiendo el segundo caso, la persona tendría que cambiar; en el primero el estado tendría que persistir; así en cada caso tendría que cesar o la personalidad o la finidad. No somos porque pensamos, queremos, sentimos, y no porque somos, pensamos, queremos, sentimos. Somos porque somos; sentimos, pensamos y queremos porque fuera de nosotros hay todavía algo más.

La persona debe ser, pues, su propia causa, porque lo permanente no puede derivar de lo variable, y así tendríamos, por de pronto, la idea del ser absoluto, fundado en sí mismo, es decir, la "*libertad*". El estado debe tener una causa y, ya que no es por la persona, y por consiguiente, no es absoluto, debe *suceder*; y así, tendríamos en segundo lugar, la condición de todo ser dependiente o del devenir: el "*tiempo*". El tiempo es la condición de todo devenir, lo que es una proposición idéntica, porque no dice otra cosa que esto: "La sucesión es la condición de que algo sucede."

La persona que se manifiesta en el "yo" eternamente persistente y solamente en él, no puede devenir ni comenzar en el tiempo, porque, al contrario, es el tiempo el que debe comenzar en ella, porque algo permanente debe servir de base al cambio. Para que haya cambio, es necesario que algo cambie; ese algo no puede, pues, ser ya el cambio mismo. Cuando decimos: la flor florece, y se marchita, hacemos de la flor lo persistente en esta transformación y le prestamos, en cierto modo, una personalidad en la cual aquellos dos estados se manifiestan. Decir que el hombre *deviene* no es una objeción; porque el hombre no es solamente persona *en general*, sino una persona que se encuentra en un estado determinado. Todo estado, empero, toda existencia determinada nace en el tiempo y así es como el hombre, en cuanto fenómeno, debe tener un comienzo, aunque la inteligencia pura en él sea eterna. Sin el tiempo, es decir, sin devenir, no sería jamás un ser determina-

do; su personalidad existiría, ciertamente, en potencia, pero no en realidad. Solamente por la sucesión de sus representaciones se vuelve el yo inmutable para sí mismo un fenómeno.

Así, pues, la materia de la actividad o la realidad que la inteligencia suprema saca de su propia esencia, es necesario que el hombre la reciba primero, y la recibe como algo que está fuera de él en el espacio y como algo que cambia dentro de él en el tiempo. A esta materia que cambia en él acompaña su "yo", que no cambia jamás — y permanece siempre el mismo en medio del cambio; referir todas las percepciones a la experiencia, es decir, a la unidad del conocimiento, y hacer de cada uno de sus modos de manifestación en el tiempo una ley para todos los tiempos, he ahí la regla prescrita al hombre por su naturaleza racional. Solamente transformándose *existe*; solamente permaneciendo inmutable existe *su yo*. Por consiguiente, representado en su perfección, el hombre será la unidad persistente que permanece eternamente la misma en la sucesión del cambio.

Ahora, aunque un ser infinito, una divinidad, no puede "*devenir*", debe, sin embargo, llamarse divina una tendencia que tiene por fin infinito el atributo más característico de la divinidad; la manifestación absoluta del poder (la realidad de todo lo posible) y la unidad absoluta del fenómeno (la necesidad de todo lo real). El hombre lleva incontestablemente en sí, en su personalidad, en potencia, a la divinidad; el camino hacia la divinidad, si puede llamarse camino a lo que jamás conduce al fin, le está abierto en los "*sentidos*".

Considerada en sí misma e independientemente de toda materia sensible, su personalidad no es más que la predisposición para una manifestación infinita posible; y en tanto que no intuye ni siente, no es más que una forma, un poder vacío. Considerada en sí misma e independientemente de toda actividad espontánea del espíritu, su sensibilidad no puede más que hacer al hombre, que sin ella es pura forma, materia; pero de ninguna manera puede unir la materia con él. Mientras que solamente siente, desea y obra, impulsado por el deseo, no es más que *cosmos*, si con este término designamos únicamente el contenido informe del tiempo. Indudablemente, sólo su sensibilidad con-

vierte su poder en fuerza eficiente, pero sólo su personalidad hace que esa actividad sea suya. Así para no ser solamente cosmos, es necesario que dé forma a la materia; y para no ser solamente forma es menester que dé realidad a la disposición que lleva en sí. Realiza la forma cuando crea el tiempo y cuando opone a lo inmutable el cambio, a la eterna unidad de su "yo", la multiplicidad del cosmos; da forma a la materia, suprimiendo de nuevo el tiempo, manteniendo la permanencia en el cambio y sometiendo la multiplicidad del cosmos a la unidad de su "yo".

De ahí se originan, pues, dos exigencias opuestas para el hombre, las dos leyes fundamentales de la naturaleza racional sensible. La primera tiene por objeto la "realidad" absoluta; debe convertir en mundo todo aquello que es pura forma y hacer manifestarse a todas sus disposiciones; la segunda ley tiene por objeto la *formalidad* absoluta; debe destruir en sí todo lo que no es sino mundo y llevar la armonía a todos sus cambios; en otros términos: exteriorizar a todo lo interno y formular a todo externo. Considerados en su suprema realización, ambos fines conducen otra vez al concepto de la divinidad, que ha sido mi punto de partida.

## 12<sup>a</sup>. CARTA

A cumplir esa doble tarea que consiste en hacer pasar "*en nosotros*" lo necesario a la realidad y en someter "*fuera de nosotros*" lo real a la ley de la necesidad nos impelen dos fuerzas opuestas que por impulsarnos a realizar su objeto son justamente llamadas impulsos o instintos. El primero de esos impulsos, que llamaría instinto sensible, deriva de la existencia física del hombre o de su naturaleza sensible. Y es el que tiende a encerrarla en los límites del tiempo y a hacerla materia; no digo darle una materia porque para eso es necesario ya una actividad libre de la persona que recibe la materia y la distingue de sí mismo, de lo persistente. Por materia no entiendo aquí sino el cambio o la realidad que llena el tiempo. En consecuencia, este instinto exige que haya cambio, que el tiempo tenga un contenido. Este estado del tiempo simplemente

llenado, se llama sensación, y únicamente por él se manifiesta la existencia física.

Como todo lo que está en el tiempo es sucesivo, por el solo hecho de que algo es, todo lo demás está excluido. Cuando se da una nota en un instrumento, entre todas las que puede virtualmente dar, esa sola nota es real: sintiendo el hombre lo actual, la posibilidad infinita de todas sus determinaciones, está limitada a ese único modo de existencia. Donde, pues, actúa exclusivamente este instinto, allí existe, necesariamente la limitación más estrecha.

En ese estado, el hombre no es sino una unidad de magnitud, un momento llenado del tiempo; o, mejor dicho, "él" no es, porque su personalidad está suprimida durante tanto tiempo cuanto la sensación lo domina y lo arrastra el tiempo consigo.

En cuanto el hombre es finito, se extiende el dominio de su instinto y como toda forma no se revela sino en la materia y lo absoluto sino por medio de los límites, es ciertamente el instinto sensible del cual depende en última instancia el fenómeno total de la humanidad. Pero, aunque él sólo despierta y desarrolla las disposiciones de la humanidad, es, sin embargo, también, él solo quien hace imposible su perfección. Por lazos indestructibles une el espíritu que tiende más alto, al mundo sensible y hace volver la abstracción de su más libre vuelo al infinito, a los límites del presente. Sin duda, el pensamiento puede escaparle momentáneamente y una voluntad firme resiste victoriosamente a sus exigencias; pero pronto, la naturaleza oprimida vuelve por sus derechos para insistir sobre la realidad de la existencia, sobre un contenido para nuestros conocimientos, sobre un fin para nuestra actividad.

El segundo impulso, que se puede llamar "instinto formal", parte de la existencia absoluta del hombre o sea de su naturaleza racional y tiende a ponerle en libertad, a llevar la armonía a la multiplicidad del fenómeno y a conservar, a pesar de todos los cambios del estado, su personalidad. Como ésta, en cuanto a unidad absoluta e indivisible, no puede ja-

más estar en contradicción consigo misma, como "*nosotros somos nosotros para siempre*", este impulso que tiende a conservar la personalidad, no puede jamás exigir otra cosa que lo que tiene que exigir para toda la eternidad: decide, pues, para siempre lo que decide ahora, y ordena ahora lo que ordena para siempre. Abraza, por consiguiente, la sucesión total del tiempo, lo que significa que suprime el tiempo, que suprime el cambio; quiere que lo real sea necesario y eterno y que lo eterno y lo necesario sean reales; en otros términos, tiende a la verdad y a la justicia.

Si el instituto sensible no produce sino casos, el instituto formal, en cambio, da leyes: leyes para todo juicio, cuando se refiere a conocimientos, leyes para toda voluntad cuando se refiere a actos. Sea, pues, que reconozcamos un objeto, que concedamos un valor objetivo a un estado de nuestro sujeto, sea que obremos en virtud de conocimientos, que hagamos del objetivo el principio determinante de nuestro estado: en ambos casos sustraemos ese estado a la jurisdicción del tiempo y le atribuimos realidad para todos los hombres y todos los tiempos, es decir, la universalidad y la necesidad. El sentimiento puede sólo decir: esto es verdad para este sujeto y en este momento y puede llegar otro momento y otro sujeto que retracte la afirmación del sentimiento actual. Pero, cuando se pronuncia una vez el pensamiento y dice: *Esto es*, entonces decide para siempre y eternamente y la validez de su decisión queda garantida por la misma personalidad que desafía todo cambio. La inclinación puede decir solamente: "Eso es bueno para tu individuo y para tu necesidad actual": pero a tu individuo y a tu necesidad actual los arrastrará el cambio, y lo que hoy deseas ardientemente será más en adelante objeto de tu aversión. Pero cuando el sentimiento moral dice: "Eso debe ser", decide para siempre y eternamente; — si confiesas la verdad, porque es verdad, y si practicas la justicia porque es justicia, has hecho de un caso particular la ley para todos los casos y tratando un momento de tu vida como la eternidad.

En consecuencia, cuando el impulso formal ejerce el poder y el objeto puro obra en nosotros, el ser adquiere su más alta expansión, todas las limitaciones desaparecen y de la unidad de

magnitud en que lo encerraría la estrecha sensibilidad, el hombre se ha elevado a una "*unidad de idea*", que abraza y se subordina la esfera total de los fenómenos. Durante esta operación no nos encontramos más en el tiempo, pero es el tiempo el que está en nosotros con toda su sucesión interminable. No somos ya individuos sino especie; el juicio de todos los espíritus está expresado por el nuestro y la determinación de todos los corazones está representada por nuestro acto.

J. P.

